

EL MUNDO MILITAR.

Programa universal

AÑO II.

DOMINGO 7 DE OCTUBRE DE 1860.

NÚM. 48.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Vista general de Gaeta, residencia del Rey de Nápoles.—Vista general de las montañas de Monserrat y río Llobregat.—Vista de Monserrat desde el pueblo de Collbató.—Vista del Monasterio de Monserrat.—Campa-

mento de Torrejon: Artillería y fragua de campaña.—Idem Cañallería.—Desembarque de SS. MM. y AA. en el puerto de Barcelona.

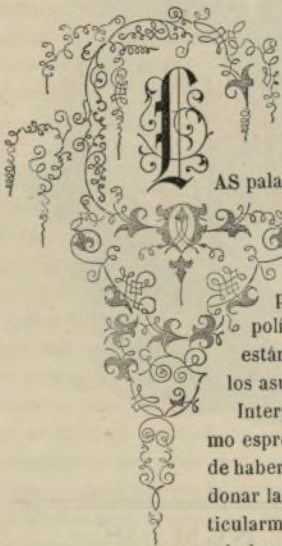
Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Biografía del Excmo. Sr. D. Leopoldo O'Donnell, Duque de Tetuan.—La montaña de Monserrat.—Los druidas.—Gaeta.—Novela.—Condiciones de la suscripcion.



VISTA GENERAL DE GAETA, RESIDENCIA DEL REY DE NÁPOLES.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



AS palabras *El mundo es grande* que se suponen dichas por el Santo Padre al General Goyon, han causado cierta preocupacion en los círculos políticos de París, cuyas miradas están fijamente concentradas en los asuntos de Roma. Interpretáanse aquellas palabras como espresion de que S. S. estaba lejos de haber renunciado á la idea de abandonar la ciudad eterna, y á ellas particularmente se atribuye por lo general el proyecto de aumentar hasta el número de 25,000 las tropas que al mando de aquel General, constituyen el Ejército de ocupacion. No se cree por otra parte que el número de aquellas tropas influya en la seguridad del Pontífice, porque es de esperar que no llegarán á verse amenazadas de un ataque; pero todo exceso de prudencia, dice el Diario de donde tomamos esta noticia, debe ser considerada como un deber cuando se trata de la responsabilidad que pesa sobre los soldados franceses en cuanto son garantía de la inviolable seguridad del Jefe espiritual de la cristiandad.

Sigue hablándose aunque no de un modo oficial, de un ultimatum que se dice comunicado por S. S. al gobierno imperial, manifestando que si hasta el 30 del próximo pasado no recibía seguridades de que la Francia concurriría á hacerle recobrar todo lo que le ha arrebatado el Piamonte, abandonaría decididamente la capital de sus Estados. Los que se empeñan en sostener la autenticidad de esta noticia, añaden que la nota pontificia va acompañada de una cláusula en que se amenaza revelar ciertos documentos relativos á formales promesas del emperador Napoleon, de garantizar la integridad de las posesiones temporales del Santo Padre.

El *Monitor*, al dar la noticia de que se mandan nuevos refuerzos de tropas francesas á Roma, indica que la ocupacion de esta ciudad no está próxima á terminar, como se ha dicho por algunos periódicos.

Añade el *Monitor* que en el momento en que un Congreso europeo haya pronunciado la opinion sobre las cuestiones de Italia, el Emperador seguirá cumpliendo con los deberes que le suponen sus simpatías hacia el Santo Padre y la presencia del pabellon francés en la capital del orbe católico.

El duque de Cadore, primer Secretario del Embajador de Francia en Roma, acaba de embarcarse en Marsella para dirigirse á Civita-Vecchia, portador de despachos del Gobierno francés.

El gabinete inglés ha hecho tambien patente por medio de una nota que ha remitido al de Turin, la inquietud que le inspiran las recientes desavenencias entre Cavour y Garibaldi.

Hay en este documento párrafos dignos ciertamente de llamar la atencion, citaremos algunos con arreglo á la version que ha hecho de ellos la *Gaceta* de Colonia.

«Si bien Austria, Francia é Inglaterra se han abstenido de toda intervencion en Sicilia y en Nápoles, se han concedido en Viena, lo mismo que en París, aprensiones de que la anexion de los Estados romanos ó napolitanos al reino de Cerdeña, podrá ser seguida de una agresion de las fuerzas italianas contra las posesiones venecianas del Emperador de Austria. Es evidente que una agresion de este género no podría verificarse sin el consentimiento del Rey de Cerdeña. Tambien es evidente que bajo el punto de vista del derecho, el Rey de Cerdeña no podría ser de ningun modo excusable de violar el tratado de Zurich reciente-

mente aprobado y firmado. Libre es aquel soberano de aceptar ó no los preliminares de Villafranca y el convenio de Zurich; pero despues de haber renunciado á proseguir la guerra, y empeñado su real palabra de vivir en paz y amistad con el de Austria, no es ya dueño de faltar á esas obligaciones y acometer una agresion sin pretexto contra un Soberano vecino.

«Claro está que en la cuestion de que nos ocupamos marchan al par los motivos de interés con las prescripciones del derecho. Un ataque contra el Ejército austriaco protegido por temibles fortalezas no es una empresa que ofrezca razonables esperanzas de buen resultado, y además ofrecería seguramente al Austria la ocasion tal vez deseada de restituir la Romanía al Papa y la Toscana al Gran Duque.

«Hay motivos para creer que ni el uno ni el otro de esos actos seria considerado por la Francia como incompatible con el tratado de Zurich; pero en todo caso por ellos quedarán espuestas á las mayores eventualidades, la independencia de Italia y su futura pacificacion. Ciertamente es que el Rey de Cerdeña ganaría Parma, Módena y la Lombardia; pero perdiendo la Saboya, Niza y Toscana, no se hallaría en estado de hacer frente al Austria, que combatiría por una buena causa, esto es, por la integridad de su territorio, y por la rehabilitacion de su honor militar.

«El único camino que en semejante conflicto le quedaria á la Cerdeña seria lanzar nuevamente la Francia al campo de batalla y encender una guerra europea.

«Mal hará el Conde Cavour en dejarse llevar de ilusiones tan peligrosas; pues las grandes potencias se hallan resueltas á mantener la paz á todo trance y la Gran Bretaña tiene en el Adriático intereses acerca de los cuales, vigila con la mayor solicitud.

«Los ministros del Rey de Cerdeña pueden evitar á la Europa esos peligros ateniéndose estrictamente al sentido político del despacho de Cavour fechado el 30 de mayo.

«Nada pide el Gobierno de S. M. mas que el puntual cumplimiento de las promesas contenidas en aquella nota.

«Se halla el Gobierno británico dispuesto á tomar en consideracion, por mas que á ciertas Cortes europeas parezca excesiva la indulgencia de la Gran Bretaña, los sentimientos y demostraciones que el Conde Cavour indica como violaciones del derecho de gentes, contra las cuales es impotente el poder represivo de las autoridades locales. Pero digase lo que quiera de las empresas marítimas verificadas con frecuencia durante la noche y favorecidas por las poblaciones del litoral, es evidente que ningun Ejército podrá sin orden espresa del Rey, atacar las fronteras austriacas.»

Puede formarse una idea de la inexactitud, del verdadero caos que domina en las noticias que se reciben de Italia por lo que escriben de Nápoles á la *Presse*.

Cápua, dice el corresponsal de este periódico, no dista mas que dos leguas que se andan en camino de hierro. Sin embargo nada hay mas difícil que saber lo que allí pasa. La dificultad no consiste en la escasez de noticias; pues por el contrario se reciben con tan fabulosa superabundancia que unidas todas las insensatas habladurías, mentiras, exageraciones y falsedades darian material para componer una epopeya en doce cantos.

Las noticias mas absurdas son las que se reciben del mismo Cápua, y las menos bien compaginadas las que proceden del campo.

Los prisioneros hechos por los piamonteses en las Romanías han sido restituidos á sus respectivas nacionalidades.

Los rumores que habian circulado sobre un tratado de cesion de las islas de Cerdeña y Elba á la Francia han sido completamente desmentidos.

A la dimision del gabinete Liborio Romano en Nápoles, hecha segun se dice con motivo de la influyente preponderancia de M. Bertani, Secretario general del dictador, ha sucedido un nuevo Ministerio puramente rojo, compuesto de los Sres. Conforti, Ferregui, Mignogna y Salicetti.

El Ejército francés de ocupacion en Roma ha sido aumentado con la division Geraudon. Ascende el total de dicho Ejército á 25,000 hombres. No bien se retiró de Corneto un batallon francés que estaba allí acantonado, entraron grupos armados que provocaron la insurreccion. El General Goyon á propuesta de Mr. de Merode mandó volver á ocupar la poblacion.

Por concluir esta breve reseña de los sucesos de Italia, que á nuestro pesar redactamos en vista de datos tan poco seguros, añadiremos que en un despacho de Turin fechado el 29 del próximo pasado se leían las siguientes palabras: «Ancona ha capitulado esta mañana. El general Lamoriciere ha sido hecho prisionero de guerra con toda la guarnicion.»

Si los sucesos de Italia entretienen la atencion del público, la próxima entrevista (el 20 del actual), de varios soberanos alemanes con el emperador de Rusia en Varsovia, preocupa esencialmente á la diplomacia. Sin embargo, se cree generalmente que no producirá alteracion ninguna notable en la marcha política de Europa, pues queda meramente reducida á un acto de pura galantería entre aquellos Soberanos.

INTERIOR.

Si con las desacordes noticias de Cápua puede, segun manifiesta el corresponsal de Nápoles, formarse una monstruosa epopeya en 12 cantos, mas facil seria, á quien el cielo hubiese concedido el nùmen, componer un poema de mayores dimensiones escribiendo los obsequios con que Barcelona espresa su amor á nuestra augusta Soberana.

Contraste admirable ofrecerian ambas composiciones; la una representando escenas de horror, odios, ambiciones, torpezas abominables; y la otra testimonios de amor, de lealtad, y de bienestar: la primera necesitaria tener por cantor un nuevo Dante; la segunda solo seria digna del que celebró la felicidad de los Campos Eliseos.

Dejemos que otros se ocupen de los millares de luces, las bajillas de oro, las orquestas, las suntuosidades con que la ciudad condal tiene la felicidad de poder obsequiar á su augusta Condesa, y permítase á nuestra incapacidad recordar una sola entre aquellas manifestaciones, una sola, que, segun oportuna espresion de uno de los diarios de aquella ciudad, «hizo mas de una vez asomar lágrimas de ternura á los ojos de nuestra escelsa Soberana.»

Nos referimos á la sesion régia de la Sociedad Económica, celebrada en el *Salon de Ciento* de las Casas Consistoriales, y en el cual se dignó S. M. ser la distribuidora de los premios concedidos por aquella Sociedad á las personas que por sublimes rasgos de virtud, fueron consideradas como dignos de obtenerlos. El Sr. Mestre, dignísimo Secretario de tan humanitaria corporacion, despues de pronunciar un elegante discurso, presentó á la régia consideracion los que debian ser agraciados.

Cuatro fueron los premios extraordinarios de 8,000 reales, adjudicados á nombre de S. M., siéndolo el primero á Ramon Vilás y Sanz, que salvó de un voraz incendio á José Bigotés y á sus hijos, saliendo de tan meritoria accion con el rostro abrasado, de cuyas resultas perdió un ojo. Este mismo agraciado lo habia sido tambien el año anterior.

De los dos premios de 4,000 rs. á nombre de la Diputacion provincial, se adjudicó el primero á José Serra y Morros por haber salvado á un hombre que se estaba ahogando, y por haber penetrado solo en una casa, sofocando con su arrojo un amenazador incendio.

Otro de la misma cantidad, pero en nombre de la Diputacion se concedió á Valero Tena, bombero, y casi inutilizado en el servicio de tal.

Se adjudicaron tres premios extraordinarios de la misma cantidad, de los cuales mereció el primero Gaspar Rivas, por haber salvado á una mujer que con su hija era arrastrada por la corriente del Llobregat.

Adjudicáronse *acesits* de 1,000, y otros premios de 2,000, 3,000 y 4,000 rs., mereciendo uno de 2,000 el estudiante mas aprovechado, que lo fué D. José Antonio Pou y Ordinas.

Una medalla de oro con su nombre, y título de sócio de mérito, estaba designada para el profesor de medicina que gratuitamente hubiese asistido mas enfermos, y la obtuvo el Sr. D. Juan Marsillach y Parera por haber auxiliado gratuitamente á mas de 200 pobres.

Seguióse la adjudicacion de premios por rasgos de valor en la campaña de Africa y recayeron, uno de 8,000 á nombre de S. M. la Reina, en José Gabiñan, voluntario que salvó en Tetuan la vida á un compañero que, herido y en tierra, iba á ser degollado. Este valiente habia tenido la gloria de plantar la bandera española en la Alcazaba de Tetuan.

Otro de 4,000 en nombre del Ayuntamiento, se concedió á Antonio Matabosch, que en Guad-Rás sostuvo una lucha personal con dos moros por salvar á un compañero herido.

Se concedieron últimamente dos *accessits* de 1,000 rs. á los voluntarios Sebastian Aran y José Trius.

A la solemnidad de esta repartición de premios, halló medio de aumentar la sublime importancia, la magnanimidad de nuestra augusta Soberana.

Los premiados, dice un periódico de aquella capital, se acercaban á la Reina, creyendo algunos de ellos recibir menor cantidad que la que realmente recibían, pues que la magnánima Isabel resolvió aumentar la suma que ofreciera, quedando en su consecuencia doblada la cantidad de los premios concedidos en nombre de S. M. Nada se supo por el pronto en el salón de este nuevo acto de caridad de la Reina, porque tenemos entendido que no quiso que se publicara este nuevo rasgo de su régia munificencia.

BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. SR. CAPITAN GENERAL

DON LEOPOLDO O-DONNELL,

DUQUE DE TETUAN, CONDE DE LUCENA Y VIZCONDE DE ALIAGA.

(Continuacion.)

VIII.

No obstante la brillante victoria conseguida en Lucena sobre las huestes carlistas mandadas en persona por su afamado caudillo, el General O-Donnell conocía que no le era posible concluir la guerra en el territorio aragonés y valenciano si no se le enviaban refuerzos; pero comprendiendo también que por el estado de la guerra en las provincias del Norte, no tardaría en ser auxiliado, aprovechando el entusiasmo de sus tropas, y para que el ardor de que las mismas se hallaban poseídas no se entibiase, prosiguió las operaciones, asediando el castillo de Tales, que por su posición á una legua del pueblo fortificado de Onda, permitía al enemigo molestar continuamente á este pueblo y favorecer á las gruesas partidas que destacaba á recorrer el país, y cuyas escursiones se extendían hasta las inmediaciones de Castellón de la Plana.

El castillo de Tales era una fortaleza antigua y muy sólida; los carlistas lo habían puesto en muy buen estado de defensa, y también habían hecho lo mismo con un torreón antiguo situado á corta distancia, y sobre una eminencia situada á menos de tiro de fusil de este, habían construido otro torreón circular para proteger dichas obras y asegurar sus comunicaciones.

Era tal la falta de recursos en el Ejército del centro, que para emprender la operación de que vamos á hablar, el cuerpo de Ingenieros con todo su celo, y el General Infante, segundo Cabo de Valencia, poniendo en juego su reconocida actividad, solo pudieron proporcionar dos piezas de batir, una de á 16 y otra de 12 largo; á este pequeño tren se agregó la batería rodada que estaba en Valencia.

El 31 de julio el Ejército se puso en movimiento, y las divisiones de Azpiroz, Hoyos, la caballería mandada por el General Schely, y el cuartel general pernoctaron en Onda. El 1.º de agosto al amanecer el General O-Donnell hizo un reconocimiento sobre el castillo, punto objetivo de la expedición, á la vista de cuatro batallones carlistas que ocupaban las alturas inmediatas; de cuya posición la columna de cazadores de la división Azpiroz, apoyada por un batallón, los arrojó, quedando dueña de la altura de la izquierda.

Hecho el reconocimiento, marcados los puntos donde debían establecerse las baterías, y designadas las estancias que las tropas debían ocupar, se procedió á su ejecución, para lo cual hubo necesidad de reconcentrar todas las fuerzas, abandonando los puntos antes ocupados, cuyo movimiento, interpretándolo los carlistas por el de retirada, se lanzaron desde los montes con objeto de envolver la izquierda de los isabelinos; pero el General Azpiroz supo contenerlos con acertadas y prontas disposiciones, aunque sufriendo la pérdida de tres muertos y 24 heridos.

La primera operación que era necesario ejecutar era el camino para conducir la artillería de batir, lo cual presentaba grandes dificultades, porque era indispensable abrirlo en un terreno de pendiente muy rápida, cuyo suelo era casi todo de roca viva, espuesto á los fuegos de los sitiados. Para asegurar el campo se construyó sobre una eminencia que ocupaba el centro de la línea un reducto de campaña y se le artilló con tres piezas de la batería rodada. Durante el día 2 de agosto y la mañana del 3, los batallones carlistas que estaban en posición fuera del castillo, no se atrevieron á emprender ningún movimiento contra los sitiadores; pero en el último de estos días llegó Cabrera con algunos refuerzos, y habiendo querido practicar en aquella misma tarde un reconocimiento, trabó un vivísimo combate con los puestos avanzados de la división del General Hoyos, causando la pérdida de ocho muertos y 73 heridos, inútilmente, porque fué rechazado por los isabelinos y obligado á retirarse á sus posiciones.

Las obras del sitio se continuaron sin que el General carlista se atreviese á impedir las: el castillo y los fuertes se defendían con vigor, pero sin lograr arredrar á los sitiadores, ni menos detenerlos en sus trabajos; solamente en las noches de los días 11 y 12 trataron en vano de clavar la batería de brecha. Tan sólidas eran las obras del castillo, que los sitiadores para apresurar su rendición dirigieron sus tiros á destruir las defensas visibles y apagar los fuegos de los sitiados. El día 13 los torreones destacados y el fuerte principal estaban bastante destruidos; y en la tarde de aquel mismo día el General O-Donnell hizo un reconocimiento sobre las posiciones que ocupaba Cabrera, y dió sus órdenes para atacarle al siguiente día, operación que debía comenzar una hora antes de amanecer. Cabrera había tratado de hacer muy firmes las posiciones que ocupaba con cortaduras, parapetos y otras obras, pero había descuidado cubrir de la misma manera su izquierda, y este descuido le costó al día siguiente una derrota y la rendición del castillo que quería defender. En aquel combate los Generales Hoyos y Azpiroz se condujeron con el mayor acierto y bizarría.

Arrojado Cabrera de sus posiciones, un batallón isabelino ocupó el pueblo de Tales obligando á la guarnición carlista á refugiarse en el castillo; y el torreón circular también fué ocupado, pues su Comandante al ver que Cabrera se retiraba, se decidió á abandonarle. Al día siguiente 13, Cabrera intentó un último esfuerzo y atacó personalmente á las once de la mañana con gran empeño el centro y la izquierda de los isabelinos; pero fué rechazado en todas sus reiteradas agresiones y el día 16 pasó por la amargura de presenciar desde las montañas la demolición del castillo que el General O-Donnell no creyó conveniente conservar. Esta segunda derrota sufrida por el General carlista, infundió indecible entusiasmo en las tropas del Ejército del centro, poco antes tan abatidas, y justificó completamente la alta reputación de que gozaba el joven General en Jefe que las mandaba.

En el territorio aragonés, el Brigadier Clavería, Jefe del E. M. G. con ocho batallones y cuatro escuadrones, cumpliendo las instrucciones del General O-Donnell, manteniéndose á la defensiva cubría la línea de puntos fortificados desde Caspe hasta Daroca, y observaba á los carlistas para impedirles sus correrías en dirección de la provincia de Guadalajara.

Preparábase el General O-Donnell á continuar sus operaciones, y fijó su atención en atacar el pueblo fortificado de Chelva, y los castillos de Alpuente, el Collado y Begis, á fin de cortar la línea de puestos carlistas que enlazaba al reino de Valencia la provincia de Cuenca, cuando en el pueblo de Carboneras de esta provincia aconteció el lamentable hecho de que Cabrera hiciese prisioneros dos batallones isabelinos. Operaba en dicha provincia una brigada con independencia del General del Ejército del centro, y que solo recibía las órdenes del Capitán general de Castilla la Nueva ó directamente del Ministro de la Guerra. Varias veces había hecho conocer el General O-Donnell al Gobierno los peligros á que se hallaba espuesta aquella brigada, pero consideraciones políticas fueron causa de que sus prudentes observaciones no fuesen escuchadas y de que al fin tuviese lugar aquel previsto descalabro. El General O-Donnell tuvo noticia en el pueblo de Chiva de este suceso, é inmedia-

tamente salió en persecución del General enemigo; pero éste no se atrevió á esperarle en las muchas y magníficas posiciones que pudo haber elegido, y se replegó rápidamente huyendo de su adversario á la provincia de Valencia.

El Convenio de Vergara y la marcha del General Espartero á las provincias de Aragón y Valencia con un Ejército de 40,000 infantes, 3,000 caballos y considerable número de piezas de artillería, hizo que el General O-Donnell detuviese las operaciones que iba á emprender y que marchase á Zaragoza para conferenciar con el Duque de la Victoria. A principios de setiembre tuvo lugar esta entrevista. Los carlistas, imposibilitados de obrar á la ofensiva contra tan numerosas y aguerridas fuerzas, iban á verse en la dura precisión de encerrarse en los muchos castillos y puntos fortificados que poseían y defenderse en ellos hasta el último trance. Así lo comprendió el General Espartero, y en aquella entrevista lo manifestó al General O-Donnell, y en la persuasión de que la guerra iba á ser una serie de sitios, adoptaron el plan mas conveniente para apresurar su desenlace. El General O-Donnell conservando el mando del Ejército del centro fué nombrado segundo en Jefe de los Ejércitos reunidos. A consecuencia de las nuevas disposiciones adoptadas, la división del Ejército del centro, que cubría la línea desde Caspe á Daroca, marchó á situarse á Teruel donde ya se encontraban las divisiones tercera y cuarta del Ejército del Norte. El General O-Donnell trasladó su cuartel general á Teruel, desde donde dió sus instrucciones al General Azpiroz, y despues, al mismo tiempo que el General Espartero penetraba hasta Aguas-Vivas, en el bajo Aragón, pasó á Camarillas, dejando parte de su caballería en el campo de Monreal.

El 29 de octubre trasladó el General O-Donnell su cuartel general á Fortanet: camino de este pueblo batió á cuatro batallones carlistas que intentaron disputarle el paso del río Guadalupe. Conforme se iban desplegando las numerosas fuerzas de los Ejércitos reunidos, los carlistas, como estaba previsto, fueron encerrándose en sus fortalezas, y las grandes nevadas que cayeron entonces paralizaron las operaciones. Situadas convenientemente las divisiones de los Ejércitos reunidos dispuso el Duque de la Victoria comenzar el ataque de los fuertes enemigos, y encargó al General O-Donnell tomar los castillos de Aliaga y Alcalá para atacar despues á Cantavieja. El General O-Donnell dió sus instrucciones á Azpiroz para que al mismo tiempo emprendiese el ataque de los fuertes de Chelva, Begis, Alpuente y el Collado, situados en el reino de Valencia, y al General Hoyos que sitiase el castillo de Manzanera; así lo hizo este General y se apoderó de él en dos días.

Estaba decretada la terminación de la horrorosa guerra civil y la completa destrucción del bando carlista. En aquellos momentos tan críticos, cuando todas las fuerzas del Ejército isabelino oprimían á los carlistas en Aragón y Valencia, cayó gravemente enfermo el General Cabrera. La enfermedad que le acometió fué tan violenta, que le puso á las puertas de la muerte, y luchando con la agonía le tuvo postrado en el lecho del dolor hasta la primavera del siguiente año (1840). Entre tanto, los Jefes que obedecían sus órdenes supieron colocarse á la altura de las circunstancias en que su eclipsada estrella los había puesto: los Generales carlistas Forcadell y Llangostera, y los Brigadieres Arévalo, Palacios, Arnau, Polo y otros, acreditaron ser militares entendidos y valientes, é hicieron una enérgica defensa digna de mejor causa.

Llegada la primavera, las operaciones recibieron vigoroso impulso: el 15 de abril el General O-Donnell se apoderó del fortísimo castillo de Aliaga, obligando á su guarnición, que había izado bandera negra, á rendirse á discreción. Aun entonces sobrevinieron nuevos temporales de agua y nieve que hicieron suspender las operaciones. El 30 de abril se apoderó el General O-Donnell del castillo de Alcalá de la Selva. Los carlistas abandonaron á Cantavieja, y entonces el General O-Donnell propuso al General Espartero marchar sobre el bajo Maestrazgo, pensamiento que este General aprobó, dejándole árbitro de hacer en aquella parte lo que creyese mas conveniente, mientras él mismo se dirigía sobre Morella: tan grande era la confianza que el General Espartero tenía en el talento del General O-Donnell.

La colocación que el General O'Donnell dió á las fuerzas de su mando fué bastante para que los carlistas le abandonasen sin intentar su defensa, los puntos fortificados de San Mateo, Benicarló, Alcanar, Cate y Ulldecona, dejando en todos ellos muchos efectos de boca y guerra de que estaban bien abastecidos. El 20 de mayo el General Cabrera, llevado de un impulso de desesperación al ver la situación tan desventurada de la causa que defendía, se arrojó á presentar la batalla con ocho batallones y 200 caballos al General O'Donnell en la Cenia. El General O'Donnell admitió el reto y con seis batallones y una corta fuerza de caballería y artillería marchó contra su adversario. Viva y sangrienta fué aquella pelea; el General carlista perdió en ella dos caballos, uno de ellos muerto por una bala de cañón; pero la victoria también esta vez ciñó con su laurel las sienes de su joven y valeroso antagonista. Ciento cincuenta hombres tuvieron los isabelinos fuera de combate, contándose entre ellos al Comandante (hoy Teniente general) D. Enrique O'Donnell, que era Ayudante de Campo de su hermano; en los primeros momentos de la batalla cayó muy gravemente herido, en términos que llegó á creerse segura su muerte.

Después de la derrota de la Cenia, Cabrera, viendo rendidas á Morella, Segura, Berga, y otros formidables baluartes de su poder, ya no pensó mas que en atravesar el Ebro é internarse en Francia. El General O'Donnell le fué persiguiendo hasta que llegó á la zona en que operaba el Ejército del Norte. Lanzadas las fuerzas carlistas al otro lado del Ebro, el Duque de la Victoria pasó á Barcelona, donde se hallaba la corte, dejando al General O'Donnell encargado del mando de todas las tropas que operaban á la derecha del Ebro. Muy escasas eran las fuerzas carlistas que habían quedado hacia esta parte; 200 caballos á las órdenes del Brigadier carlista Balmaseda y algunos batallones á la de los Brigadieres Arévalo y Palacios, y las innumerables partidas, restos de todas las guerras. El General O'Donnell concedió indulto á los carlistas que en el término de ocho días se presentasen con las armas en la mano; y con sus acertadísimas disposiciones, en 22 días acabó de aniquilar los últimos restos del carlismo. Después se trasladó á Valencia, y en aquella capital, cuando solo su recinto obedecía en aquel año de turbulencias al Gobierno de la Reina Gobernadora, con su energía y atinadas medidas supo mantener el orden hasta que la augusta Señora se embarcó para el extranjero.

(Se continuará.)

JOSÉ SIDRO Y SURGA.

LA MONTAÑA DE MONSERRAT.

Esta montaña tan célebre por su pintoresca y singular estructura, y por su venerando Monasterio, ha sido visitada por SS. MM.; y mientras podemos ofrecer á nuestros lectores una descripción exacta y la vista de la entrada solemne de nuestros augustos Monarcas en aquel histórico Santuario, vamos á hacer una lige-



VISTA GENERAL DE LAS MONTAÑAS DE MONSERRAT Y RIO LLOBREGAT.



VISTA DE MONSERRAT DESDE EL PUEBLO DE COLLBATÓ.



VISTA DEL MONASTERIO DE MONSERRAT.

ra descripción de ella, la bastante para que se comprendan mejor los grabados que acompañan á este número.

La figura de la montaña es tan admirable y particular que no se conoce en el mundo otra semejante, y solo se le parecen las montañas de Nuestra Señora de Monserrat, en las Antillas; santuario que allí edificó alguno de los descubridores, devoto de la imagen que se venera en el monasterio de la que nos ocupa. Su inmensa mole está formada de rocas cónicas, altísimas y escarpadas, que, á manera de las torres de una antigua muralla, cierran toda su circunferencia, dejando solamente para penetrar en el interior de ella algunas entradas pequeñas, angostas y de difícil acceso. La montaña ofrece una posición naturalmente muy fuerte; sus principales avenidas son el camino real de Casa Masana y Manresa, el Monistrol, donde hay un puente sobre el río Llobregat; la subida de la granja á las Taparras, y el barranco del S. que se dirige al Bruch; y como todos los caminos que conducen á ella son ásperos y frágiles, en la guerra de la Independencia sirvió de seguro asilo á las guerrillas y tropas españolas que operaban en aquella parte de Cataluña y se aumentaron sus defensas naturales con otras artificiales.

A la mitad de la falda de la montaña y hacia su parte oriental, se encuentra el famoso monasterio donde se venera la imagen de la Virgen. En las puntas y picachos de las rocas se encuentran, separadas unas de otras, pequeñas ermitas construidas en las concavidades de las peñas y en las mismas cimas, donde en otro tiempo santos varones se entregaban en aquellas soledades, en aquellos pequeños recintos, suspendidos entre el espacio y los abismos, á las austeridades de la vida penitente.

Las pirámides que se elevan de la gran mole de la montaña se componen de piedras calizas, redondas, cenicientas, rojas, amarillas, pardas y de color de carne, unidas y conglutinadas con un betún natural. Toda la montaña tendrá próximamente ocho leguas de circunferencia, y mirada desde el camino real parece por sus pirámides y picos separados unos de otros un juego de bolos; alrededor muchas colinas la unen á los Pirineos. La materia de que está formada la montaña es de piedras calizas redondas, de diferentes colores, conglutinadas con tierra caliza amarilla y alguna arena; se parecen á la brecha ó almendrilla de Alepo, solo que el grano de esta última es mas fino. También se hallan en la masa de la montaña muchas piedras areniscas y cuarzos blancos redondeados venados de rojo, con piedra de toque encajado todo en la brecha.

El betún natural que une estas piedras se ha descompuesto en muchas partes, las aguas se han llevado la tierra que resultaba de esta descomposición, y se han ido formando barrancos que dividen la montaña en muchos ángulos diferentes. Del centro de la montaña se levantan también pirámides como las anteriormente indicadas, que se componen de piedras desde el tamaño de un grano de cañamón hasta el de la cabeza de un hombre.

El cuerpo de la montaña en general lo forman masas enormes de peñas, dis-

puestas por capas que tienen de grueso desde medio pie hasta cien pies, y la direccion de todas es de Levante á Poniente. Ofrece la montaña de Monserrat un problema curioso á los geólogos y difícil de resolver. Es creencia general en la ciencia que las montañas se forman por el depósito sucesivo de los sedimentos del mar; pero no se comprende cómo en la montaña de Monserrat el mar ha podido redondear las piedras; y cómo el cuarzo, la piedra arenisca y la de toque se han podido formar y conglutinar con la piedra caliza.

La parte baja de la montaña se ha descompuesto antes que la superior, y se ha convertido en buena tierra, fértil para trigo y viñedos; quedan, sin embargo, en la misma parte muchos bancos de peñas que sirven como de escalones para subir á la cumbre. Donde el terreno no está cultivado se crían mas de doscientas especies de plantas, arbustos y árboles, de las cuales las principales son el pino, el madroño, dos clases de encina de hojas lisas, tres diferentes de enebros, brezo, romero, espliego, tomillo, abrotano, etc.

Conforme se va subiendo á la montaña, se ve que las peñas son mas duras y que no se descomponen tan fácilmente; se encuentran menos plantas, y por último, en la cima solo hay peñas peladas y separadas como columnas que forman pirámides, cuya altura varia desde 20 hasta 130 pies, y que se componen tambien de piedras redondeadas, calizas y areniscas, mezcladas con cuarzos blancos venados de rojo y con piedras de toque de color negro. Aunque la montaña parece toda ella un jardín, tiene muy pocas fuentes, y en años de sequedad llega á faltar el agua, por lo cual los ermitaños y monjes del monasterio se servían de la que recogían en las cisternas y aljibes.

Esta escasez proviene de que las aguas corren á mucha profundidad y en distintas direcciones, y desde algunas de las concavidades se oye el ruido de dichas corrientes subterráneas, las cuales siguiendo la inclinación de la base de la montaña, tienen una comun salida hacia la parte de Levante en cantidad suficiente para mover varios molinos harineros. La montaña se halla situada en la provincia de Barcelona, partido judicial de Igualada, sobre los linderos de los antiguos Condados de Barcelona y de Manresa, en la margen derecha del río Llobregat, y su mayor altura es de 5,978 pies sobre el nivel del mar.

En otro artículo nos ocuparemos del célebre monasterio de la montaña y de la régia visita.

LOS DRUIDAS.

(Continuacion.)

Las druidisas de la segunda clase eran respecto á las de la primera lo que los bardos respecto á los druidas. Tenían



CAMPAMENTO DE TORREJON.—ARTILLERÍA Y FRAGUA DE CAMPAÑA.

(De nuestro corresponsal D. E. V.)

á su cargo la conservacion de los efectos sagrados, la guarda del templo y la confeccion de los ornamentos, siendo ellas á su vez el ornamento mas precioso de aquellas religiosas ceremonias; podían contraer matrimonio, pero solo podían salir del druidico recinto una vez en cada año para reunirse

Los druidas carecían de esos monumentos cerrados que se designan con el nombre de templos. Segun la tradicion, recibían la palabra del gran ordenador de los mundos en lo mas profundo de las cavernas que bañan las olas del Océano ó que se hallan ocultas en el seno de los bosques. Cuando querían que esta pala-

bra fuese conocida del pueblo, lo convocaban al pie de aquellos monumentos, llamados *Dolmens*, que desafiando los ultrajes del tiempo, se encuentran aun en gran número en la Bretaña armoricana. Estos se componían de una piedra colocada horizontalmente sobre otras perpendiculares al terreno, y tan groseramente cortadas que dan lugar á dudar hayan sido obra de la mano del hombre. Los *Dolmens* se elevaban siempre en el fondo de algun frondoso bosque, sitio que los druidas elegían con preferencia para celebrar sus misteriosas ceremonias, las cuales tenían lugar generalmente al pie de una encina y en las inmediaciones de una fuente á la que se daba el nombre de *Fuente de Sacrificio*; su altura era prodigiosa, y esta es la razon porque esas masas in-

destructibles han resistido á los esfuerzos de los siglos, siendo los únicos monumentos que han llegado hasta nuestros días desde la mas remota antigüedad. El sacerdote druida se colocaba en esta imponente tribuna, y desde allí su voz sonora, grave y majestuosa anunciaba á los hombres la voluntad del cielo, les enseñaba la historia del pasado y les comunicaban sus órdenes, las cuales debían obedecer sin murmurar.

Las costumbres de los druidas eran austeras y uniformes; los Príncipes y los guerreros los llamaban á su consejo, en el que rodeados de temor y respeto ocupaban el lugar preferente, en razon á que por sus relaciones con el cielo ejercían una directa influencia en la existencia y felicidad de los hombres. Su voto decidía la paz ó la guerra, y aunque exentos del servicio militar, formaban parte de los Ejércitos, manteniendo en ellos con su presencia aquella energía que parece ser necesaria en ciertos casos hasta en los mas aguerridos soldados. Era tanto el respeto y temor que inspiraban, que cuando aparecían en el campo de batalla los



CAMPAMENTO DE TORREJON.—CABALLERÍA.

(De nuestro corresponsal D. E. V.)

á sus esposos, y despues de una corta permanencia fuera de él volvían de nuevo á entrar en su clausura.

La tercera clase la constituían las mujeres de los druidas; estas no gozaban ninguna prerogativa digna de mencionarse, y formaban una especie de nobleza sagrada, á la cual se reservaban las principales funciones en las ceremonias públicas.

mas encarnizados partidos deponían en el momento sus armas.

Tenían á su cuidado la educacion de la juventud distinguida, y causaban la admiracion de los cándidos bretones por sus profundos conocimientos en los misterios de la astronomía y en las ciencias exactas; poseían recetas para toda clase de enfermedades, y rodeaban la aplicacion de ellas

de multitud de prácticas supersticiosas, atribuyendo su resultado á un mágico poder. El arte de la elocuencia, cultivado por ellos en la soledad de sus bosques, comunicaba á sus calculadas palabras una fuerza de persuasión que seducía á su jóven y crédulo auditorio. De lo alto de los *Dolmens*, despues de haber lavado sus manos en la fuente espiatoria, daban principio á sus discursos por la inculcacion del valor y por preceptos que mandaban sacrificar todo, amor, amistad, piedad filial y riquezas, á fin de preservar á la patria de la dominacion extranjera. Adorar un solo Dios, honrarle por el silencio y el respeto, obedecer las leyes y órdenes paternales de los druidas y de los Jefes militares, é inmolarlo todo en el altar de la patria; tales eran las principales máximas que ofrecían á la meditacion de sus oyentes.

Los druidas elegían para practicar sus religiosas ceremonias los bosques mas frondosos, en los que no podían penetrar los rayos del sol; las viejas encinas que los formaban habían asistido al espectáculo de la creacion de los hombres. El mugido del viento no llegaba hasta allí, y aunque se oía el rumor del trueno no se experimentaban nunca los efectos del rayo; voces extrañas resonaban entonces en aquellas profundas cavernas, y multitud de relámpagos iluminaban la oscuridad de estos imponentes lugares. El gran sacerdote tenía la costumbre de visitarlos dos veces en cada revolucion de sol á medio día y á media noche; pero siempre salía de ellos con los cabellos erizados y contraído el rostro por la espresion de un santo terror.

Estas supersticiosas costumbres han hecho creer á muchos escritores que los druidas consumaban sacrificios humanos; pero la dulzura de la moral que enseñaban y su amor á la música y la poesia deben destruir esta opinion. Las tradiciones romanas no refieren ningun hecho que la confirme. El mugido de los bueyes sacrificados y que servían despues de alimento á los sacerdotes, y los roncós sonidos de las enormes trompas de los bardos, bastan para explicar los siniestros ruidos que se hacían oír á lo lejos.

El muérdago de encina, produccion vegetal injerta en otra y que parece carecer de raíz y de medios de reproduccion, fué considerada por los antiguos druidas como de naturaleza bastante divina para hacer de ella un instrumento de sus santos misterios. El árbol en que se descubría una rama de esta vegetacion era purificado, incensado y rociado con esmero. Anunciábase al pueblo el feliz descubrimiento y se convocaba á todos los druidas, que de dos en dos, envueltos en sus imponentes mantos, y rodeados de sus bardos, se dirigían en el mas profundo silencio al lugar en que se había mostrado esta emanacion de la divinidad. Llegados á él, y despues de himnos y plegarias compuestos al efecto, el gran sacerdote druida cortaba la misteriosa planta con una hoz de oro, la depositaba en un velo de lino de admirable blancura y que no hubiese servido antes, y lo encerraba en un arca de oro que era arrastrada por toros blancos. Despues se terminaba la ceremonia rociando á los circunstantes con el agua del vaso de Azenladour ó de la inspiracion. Este agua lustral se consideraba como santa cuando en ella se había sumergido la verbena. Esta y la anémona eran plantas sagradas que no se cogían con menos extrañas precauciones. El sacerdote ofrecía un sacrificio de pan y vino para la anémona, y de habas y miel para la verbena. Con los piés desnudos, cubierto su cuerpo con un blanco ropaje, envuelta la mano en un velo y con el rostro vuelto, se apoderaba de la anémona como si cometiera un robo. Para cojer la verbena era indispensable que la iluminasen los rayos de la luna; entonces cavaba la tierra alrededor de la planta con un instrumento sagrado y la hacía saltar fuera de la tierra sin tocarla.

Las sacerdotisas se entregaban también á prácticas supersticiosas que les eran propias. Estaban encargadas de preparar el agua de la inspiracion en el místico vaso de Azenladour, la cual, segun algunos historiadores, era solo una bebida fermentada. Cada año, y en una época marcada, debían destruir el techo de su templo, ó sea de la morada de la gran sacerdotisa, y volverlo á reponer en un solo día, desde el orbe al ocaso del sol; la desgraciada á quien la fatiga impedía continuar su trabajo era condenada á muerte en el acto y ejecutada por sus compañeras, dispersando despues sus miembros; pero no se cita ningun caso en que esto llegara á suceder.

Una gran ceremonia reunía en la isla de Séin, hácia mediados del estío á los druidas de todas clases y sexos. Grandes ruidos resonaban entonces en el bosque sagrado, y el pueblo de ambas bretañas acudía presuroso á esperar en medio del mas profundo silencio y de la mayor consternacion, la espresion de la celeste voluntad. Un misterioso carro, arrastrado por bueyes de una admirable blancura y rodeado de sacerdotes de ambos sexos, salía del sagrado recinto del bosque. Este carro encerraba objetos que ningun mortal podía ver ni tocar, y estaba cubierto con un espeso velo. En esta forma seguía el cortejo su marcha á lo largo de las costas de la isla, en tanto que el pueblo se divertía en juegos y fiestas desplegando una extraordinaria alegría. Luego que el carro volvía á entrar en su oscura morada, los objetos que había contenido eran arrojados en un lago muy profundo.

El traje de los druidas consistía en una larga túnica de lana blanca y un manto del mismo color; una corona de verbena adornaba su cabeza en las ceremonias, y brazaletes de oro rodeaban sus brazos. Su larga barba caía sobre su pecho, contribuyendo á dar mas gravedad á su fisonomía. El gran sacerdote se distinguía por un cinturón cubierto de láminas de oro y por la luz del mismo metal y de la que únicamente él tenía el derecho de usar. Las sacerdotisas vestían también de blanco, pero la tela de su túnica y manto era un tul sumamente fino, llevando además un largo velo que las ocultaba á las miradas de los profanos. Sus brazos estaban también adornados de brazaletes de oro, y la gran sacerdotisa gozaba las mismas distinciones que el gran sacerdote.

El traje de los bardos reunía la sencillez y comodidad; consistía en un calzon ceñido y sujeto al tobillo; una túnica ó una coraza, segun los casos, una pequeña lira que llevaban á la espalda y un hacha de batalla.

Los romanos, que al usar el idioma de los pueblos vencidos desnaturalizaban sus espresiones, nos han conservado la tradicion de una druidisa conocida bajo el nombre de Vélleda.

El lenguaje que entonces se hablaba en Inglaterra y en la Pequeña Bretaña, y que aun se conserva en esta última, y en una parte del país de Gales, nos suministra datos para averiguar la etimología de este nombre, que no era otra cosa que un atributo, y que lo usaban todas las grandes sacerdotisas. El nombre de Vélleda proviene de *uheldeda*, que quiere decir sublimidad.

Cuando los romanos desembarcaron en las costas de la Gran Bretaña, la preponderancia de los druidas era inmensa y se extendía al Gobierno, las leyes y las costumbres. A ellos correspondía la intervencion y decision en las querellas particulares; pero es probable que existiesen otros tribunales, donde se recibían las apelaciones y se juzgaba en última instancia; sentenciaban á los convencidos del crimen de asesinato y señalaban los límites y la herencia de las propiedades; disponían de los premios y castigos, juzgándose entre estos como el mas deshonoroso la exclusion de las santas ceremonias y de la participacion en los sacrificios.

Inmensas son las dificultades con que penetramos en la oscuridad que rodea la existencia de los druidas y la luz que nos ilumina en ella proyecta una débil claridad. Los misterios de su religion y sus anales se consignaban en himnos y poemas, pero el escribirlos hubiera sido un crimen, y solo en el sétimo siglo fué cuando los últimos bardos trazaron algunos fragmentos en caracteres de aquella época. Los dogmas ponían sus límites á la indiscrecion del pueblo. En efecto, los druidas, únicos que cultivaban las ciencias con alguna estension, tenían un especial interés en no estender sus progresos en un país en que solo dominaba su palabra en todas las imaginaciones. Por esta razon mantenían á los bretones en un perpétuo estado de ignorancia y ceguedad, y únicamente compartían el fruto de sus estudios y de sus descubrimientos con aquellos á quienes juzgaban incapaces de hacer de estos conocimientos un uso peligroso ó contrario á su poder, y con los que querían iniciar en sus misterios. Todas sus instrucciones y sus lecciones eran verbales; su historia, su doctrina y su moral estaban consignadas en versos compuestos por los bardos y que era preciso aprender de memoria. Los escasos datos que han llegado hasta nosotros, han sido conservados por la tradicion y adolecen, por consiguiente, de las alteraciones que produ-

ce el transcurso de los siglos. Los druidas fueron á la vez sacerdotes y médicos, sacrificadores y profetas, filósofos y legisladores, reuniendo así todas las atribuciones que tienden á afirmar el poder, inspirar la confianza é imprimir el temor. Los Reyes, ó Jefes del pueblo, no eran mas que los ejecutores ciegos de su voluntad, y aquellos Ministros de un altar y de un Dios hoy desconocidos, no temieron, al llamar al vulgo á la participacion de los conocimientos que habían adquirido, que llegara á ser inútil su intervencion cerca de su divinidad en los negocios políticos y civiles que dirigían á su capricho.

Hemos dicho ya la pureza de la moralidad que explicaban á sus discípulos y que les enseñaban ante todo, como sus principales deberes, á servir á Dios, no causar daño á ningun semejante y mostrar su valor en los combates. Profesaban el principio de la inmortalidad del alma, pero suponían que antes de subir á la instancia de la suprema felicidad, estaba sometida á pasar de uno en otro cuerpo, hasta que purificada por los diversos sufrimientos de esta vida, era digno de ir á gozar una existencia llena de delicias en la morada del Creador. Las almas de aquellos que perecían en las batallas por la defensa de la patria, tenían en recompensa menos tiempo de prueba.

San Agustín nos ha conservado una de las supersticiones de los druidas. Segun ellos, existían dos génius que acompañaban al hombre desde su nacimiento y en todas las fases de su vida; el uno era negro, era el génius del mal; el otro blanco, era el génius del bien.

Los bardos ejercían una grande influencia en el pueblo; mantenían en el corazón de los bretones el amor á la gloria, á la virtud y á la hospitalidad. Los heroicos versos en que cantaban las hazañas de sus guerreros, inflamaron el corazón de aquellos hombres y despertaron en ellos el odio al despotismo y la necesidad de su independencia. Hé aquí por qué fueron las primeras víctimas de la política de los romanos que hicieron perecer un gran número de ellos; siendo entregados al suplicio sus sucesores por órden del feroz Eduardo, cuando en 1284 emprendió este Monarca la conquista del país de Gales.

Tales son las débiles nociones que aun se conservan sobre la religion druidica en la Gran Bretaña, tal cual existía en el año 55 antes de la era cristiana. Una inmensa revolucion la hirió y aniquiló: esta revolucion fué la conquista romana.

PEDRO DE ARJONA Y ALVAREZ.

GAETA.

La ciudad que en los momentos actuales atrae sobre sí la atencion de Europa, Gaeta, la de glorioso recuerdo para las armas Españolas; la de los formidables muros levantados por el Emperador Carlos V; la que casi presencié la muerte violenta del mas famoso orador romano, y por espacio de dos siglos vió por anatema de la iglesia insepultos los restos del Condestable de Borbon, está situada en la provincia de la tierra de Labor á 12 leguas O. N. O. de Caserta y á orillas del mar Tirreno.

La poblacion de esta ciudad es poco mas ó menos de 40,000 almas y los recuerdos históricos que tan sumariamente hemos indicado no son seguramente los únicos que la embellecen. Hasta su nombre trae á la memoria una de las creaciones mas grandiosas de la humana inteligencia, la *Eneida* de Virgilio, pues sabido es que segun el autor de este poema fué Eneas quien la edificó en honor de su nodriza *Cajeta*. En la cima del Corvo se eleva todavía la torre llamada de Orlando, que en realidad es la tumba de Lucio Munacio Planco, Tribuno y Cónsul romano á quien se atribuye la fundacion de Lyon, y que vivió 75 años antes de J. C. Otra torre llamada *Latratina*, se cree haber sido parte de un templo de Mercurio. La catedral dedicada á San Erasmo, posee en su pila bautismal un monumento antiguo no menos notable por su forma que por los bajos relieves de que está adornado; ostenta además un hermoso cuadro de Pablo Veronese y otra preciosidad de grata memoria para los españoles, el estandarte ofrecido por Pio V á D. Juan de Austria, Generalísimo de las armas cristianas contra los turcos, derrotados en la batalla de Lepanto. El puerto se conserva en el mismo estado que antiguamente.

De su situación saca Gaeta sus principales medios de defensa, pudiendo casi decirse que si en el caso de un sitio conserva su predominio en el mar será poco menos que intomable; mas si por el contrario las fuerzas navales del sitiador son mayores á las suyas, esto es, si este puede privarla con sus buques de toda comunicacion exterior, y por consiguiente de recibir municiones y refuerzos, la plaza á pesar de su sistema de fortificación quedará casi reducida al valor de sus defensores.

Hállase sentada Gaeta en la estremidad de una península entre Terracina y Nápoles: ciñela por todas partes el mar, menos en una estension de 800 metros, punto sobre el cual, es por demás decir, que se han ido acumulando todos los medios artificiales de defensa, como que es el punto indicado para el ataque.

Partiendo al Norte de la punta que avanzando forma uno de los costados del puerto militar se encuentra del E. á O. una prolongacion de costa escarpada aunque poco alta, y protegida por una línea de bastiones irregulares, y líneas cortadas pero armadas con numerosas baterías que tienen á su retaguardia los principales establecimientos, el arsenal, el gobierno y los almacenes de artillería. El extremo occidental de esta línea, concluye con una sólida ciudadela que se encuentra defendida por rocas inaccesibles. Toda la parte de N. á E. y á O. es una cordillera no interrumpida de escarpadas rocas igualmente inaccesibles que ocupará una estension de 2,000 metros, y en la que se encuentran establecidas baterías de grueso calibre en los puntos que permiten algun acceso, para ahuyentar los buques que quisieran bombardear la plaza. En fin, solamente queda por la parte del N. de la línea de tierra una estension de 350 á 400 metros por donde se puede hacer un ataque regular. La forma de esta plaza es tal que se conoce de antemano el punto de ataque. Gaeta ha sido siempre considerada como el principal apoyo de la monarquía. Todas sus baterías, en número de mas de cincuenta son de grueso calibre; los abastecimientos y municiones de guerra son considerables; los cuarteles y alojamientos para las tropas con las ciudadela, el castillo, la obra del Monte Orlan lo, los establecimientos públicos del interior y las casamatas de las baterías permiten mantener una guarnicion de mas de 20,000 hombres.

Los cuatro sitios mas memorables sostenidos por esta plaza son los de 1450, 1707, 1754 y 1806.

En 1450 fué atacada por Alfonso V, Rey de Aragon, que reclamaba la posesion de Nápoles á título de herencia. El Duque Milan sostenia á René de Anjou, su competidor. Viendo la guarnicion que le faltarian viveres porque el enemigo se habia apoderado del mar, espulsó de la plaza á las mujeres, niños y ancianos. Estos desgraciados, rechazados de la ciudad y de los campamentos de los sitiadores, iban á perecer de hambre, cuando Alfonso, Príncipe de buen corazon y humano, dió orden de recibirlos, declarando que no habia ido á hacer la guerra á seres sin defensa.

Cerca de Gaeta existe una casa que habia pertenecido al gran orador romano Ciceron, muerto en sus cercanías. Faltaban proyectiles á las baterías de pedreros y le propusieron demoler esta casa. Alfonso rehusó, por respeto á la memoria de un hombre tan célebre. Gaeta no fué tomada.

En 1707, atacada vigorosamente por los austriacos y no menos enérgicamente defendida, sostuvo tres meses de sitio sin sucumbir.

En 1754 un Ejército franco-español de 16,000 hombres le puso sitio. Los defensores no eran mas que 1,500, teniendo solamente 140 cañones. Se defendió durante cinco meses y no cedió sino á consecuencia del desacuerdo que estalló entre las tropas de la guarnicion.

No hablaremos de 1799, en cuya época Gaeta, teniendo 4,000 soldados en sus muros, 70 cañones, 22 morteros, gran cantidad de pólvora, municiones y viveres lo menos para un año, se rindió vergonzosamente al General Rey, á vanguardia de Championnet, quien con 400 hombres la intimó disparando á la plaza algunos obuses.

Siete años mas tarde, en 1806, la plaza de Gaeta, teniendo por Gobernador al Príncipe de Hesse Philipstad, mostró mas vigor. Desde el 15 de febrero hasta 18 de julio resistió todos los ataques del Ejército francés. Es cierto que la mar se hallaba en poder de los defensores, gracias á la marina inglesa, y podian recibir refuerzos en hombres y en material sin que los sitiadores pudieran oponerse. Sin embargo, esta

magnífica resistencia no deja de dar lugar á reconvenciones. El Gobernador no tuvo cuidado de destruir lo que podia estorbar á los tiros de sus baterías; no fortificó ni trató de defender dos colinas, situadas á algunos centenares de metros de la línea de tierra, lo que podia haber hecho prolongar por algunas semanas la resistencia. No hizo salidas ni bastante fuertes ni frecuentes, y de su marina no sacó todo el partido que podia esperarse.

Infiérese de todo lo dicho que la situación y estado de Gaeta es altamente oportuna para la defensa, con tal que la traicion no llegue á corroer las principales bases en que aquella se funda.

EPISODIO DE LA GUERRA DE BRETAÑA

escrito en francés

POR MR. OCTAVE FEUILLET.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URRACA.

X.

(Continuacion.)

Si el Marqués y su hermana habian logrado halagar sus recuerdos y engañar por un momento sus pesares con aquel lujo propio de otros tiempos mejores, su triunfo se detenía en el aparato escénico material de la comida, pues los actores no ayudaban á la ilusion. Entre los convidados, mas de uno vestia la tosea chaqueta del labriego; muchas manos encallecidas con el manejo del arado empuñaban los blasonados cubiertos de plata. El Marqués apellidaba héroes, y con razon, á aquellos huéspedes rústicos á quienes pocos años antes no reconocia siquiera como hombres; pero habia visto correr su sangre en diferentes ocasiones, y la habia encontrado igual á la suya propia.

De este modo, aquella revolucion que el anciano caballero combatia fuera con valor y desesperacion, se habia introducido en su propio hogar; la recibia noblemente en su mesa de familia; hacia que reinase allí el mayor de sus beneficios, la única igualdad social que no es una quimera de iluminados ni un sueño inoble de la envidia, la que hace sentar al mismo banquete á todo el que tiene virtud, talento y valor. La colia plebeya de Alix, la hija del guardabosque, brillaba en uno de los extremos de la mesa y añadía un pormenor mas gracioso y pintoresco, á todos aquellos contrastes. Mr. de Kergant, carácter generoso, cuando no se hallaba alterado por la pasion, habia querido recompenzar con aquel favor la abnegacion de que tantas pruebas diera la jóven á sus compañeras de emigracion. La quisquillosa Canonessa no dejaba de comprender lo fatal que era aquella amalgama de trajes y de costumbres para las tradiciones clásicas puras; sentia en el fondo de su corazon el golpe que daba tal discordancia á sus lacayos de librea encarnada, pero se consolaba prestando un colorido religioso á aquella mortificación; comparaba sus reuniones heterogéneas con las comidas libres de los primeros cristianos.

Hace algunos años que la casualidad nos proporcionó la ventaja de conocer á uno de los escasos restos de la gran *chuaneria*: por aficion de jóven, á nuestro entender, mas bien que por una gran conviccion, habia tomado una parte activa tanto en las guerras como en las intrigas de la Breña realista, y aun encontró tanto placer en ellas, que creemos se hallase dispuesto á comenzar de nuevo cuando le sobrevino la muerte. Aquel buen anciano, que en otro tiempo habia dado muerte á muchos hombres, nos sorprendia con frecuencia refiriéndonos el apetito con que comia y la tranquilidad con que seguia la rutina de su vida en medio de las angustias mortales é incesantes de la guerra civil. «Cuando el peligro, decia, nos asedia desde la mañana hasta la noche y á todas horas, llega á sucederle lo que á una querida torpe, pierde su dominio sobre nosotros.»

Añadía que, en concepto suyo, Damocles debia ser un solemne cobarde por no haberse acostumbrado á una cosa tan sencilla como la de tener una espada suspendida sobre su cabeza. Comprendia que fuese molesto el primer día,

pero declaraba que al segundo, por lo que á él hacia, no hubiera dejado de comer y la espada habria perdido su tiempo por completo. Iba aun mas lejos: bajo la amenaza de cualquier peligro que pudiese imaginarse, con tal que fuese un poco prolongado, se sentia capaz de sostener con entera libertad de ánimo, la tesis mas ligera, ya que no la mas galante. En apoyo de este aserto nos citaba verdaderos prodigios que sentimos no poder consignar en esta historia; pero la bondad del antiguo partidario nos permite que al menos demos á conocer á nuestros lectores qué especie de conversacion podian tener en los breves intermedios de un drama sangriento, el asunto que podria tratarse en una cena de chuanes, entre dos de esos combates en que no se daba cuartel, y á ocho jornadas de Quiveron.

—¡Ah! esto es verdaderamente una cena de boda, mi querido huésped, y de boda Real,—decia riendo un jóven que ocupaba el puesto de preferencia al lado de Mlle. Kergant, y cuyas palabras mas insignificantes eran recibidas con extraordinario respeto,—sospecho que ha concedido V. un refugio en su castillo á todos los cocineros ilustres que la revolucion ha dejado desacomodados, y esta cena me parece que es el producto de la gratitud combinada de esos señores. En todo caso, una cena como esta vale por sí sola tanto como un poema largo, tal es mi modo de pensar, y tanto mas cuanto que, en materia de poemas, siempre me ha parecido que los mejores son los mas cortos... ¡Ah! Dios mio! Mlle. de Kergant ha fruncido el entrecejo... He tenido la desgracia de proferir alguna heregia.

—No ha hecho V. nada menos que chocar de frente con Mlle. Bellah, señor Duque,—dijo un abate jóven de mirada vivaracha y modales finos, que estaba sentado junto á la Canonessa.

—Mi hija, señor Duque,—añadió Mr. de Kergant,—tiene la manía de amar á la poesia con delirio.

—Muy bien,—repuso el jóven á quien llamaban Sr. Duque,—pero yo no he hablado mal de la poesia, he mencionado solo los poemas.

—Pero, caballero,—preguntó Bellah sonriendo,—¿qué entiende V. por poema?

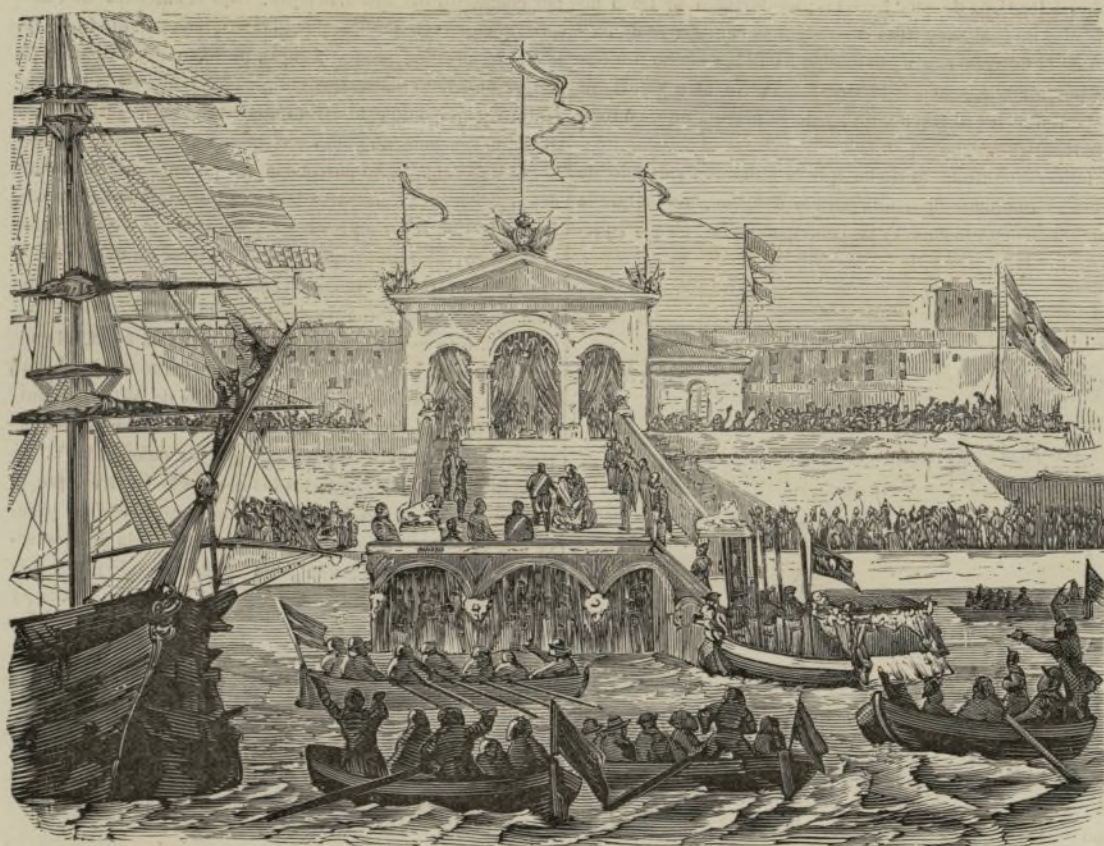
—Por poema, señorita, entiendo... ¡pardiez! entiendo *La Henriada*, que nunca he leído, pero que es muy fastidiosa.

—Añadiendo á eso que su autor era un bribon,—dijo á manera de observacion la Canonessa. Tampoco yo he leído en tiempo alguno su *Henriada*, pero dicen que en ella se trata indignamente á Juana de Arco.

—Solo lo sé en este momento, porque V. me lo dice, señora,—repuso el Duque,—y agrego ese nuevo motivo de queja á los que ya tenia yo contra aquella epopeya. En cuanto á la poesia, tengo la dicha de participar de la apasionada aficion que inspira á Mlle. de Kergant, pero me hallo muy lejos de honrar indiferentemente bajo ese título á todos los renglones de escritura de longitud desigual. En concepto mio, no es uno poeta tan solo porque evite llamar á las cosas por su nombre y se midan sílabas con mas ó menos habilidad, con arreglo á un ritmo convenido. La candidez, la naturalidad, la buena fé, que son los caracteres de la poesia, tal como yo la entiendo, no pertenecen sino á los primeros siglos de los pueblos, así como á los primeros años del hombre.

La imaginacion, los sentimientos, los sueños de un niño son poesia; un jóven que ama es todavía un poeta; pero á no ser que se quiera incurrir en la afectacion y en el ridiculo, pasada ya la primera mitad de la vida es preciso renunciar á formas de sensibilidad y de lenguaje que dejan de ser sinceras y tiernas. Tiene V., señorita, tesoros de verdadera poesia en las antiguas baladas bretonas... ¡Ah! me llena de júbilo ver que el semblante de V. se torna mas risueño... Es mi perdon, ¿verdad? Pues bien, señores, quizás estaré ofendiendo en este momento á algun bardo desconocido, pero digo lo que siento: una civilizacion que comienza es poética, porque el niño llora, rie y canta antes de hablar... Un pueblo de edad madura, y con mayor razon un pueblo viejo, no es poeta sino por medio de artificio... Un arte poético en una nacion significa que ha terminado la era de la poesia... Por eso diré que desde Boileau, y aun incluiré gustoso á este, no veo un solo poeta en Francia. ¿Se sonrie V., caballero?

Mr. de Kergant, que era á quien se dirigian estas palabras, se disponia á contestar, cuando de improviso vió que



DESEMBARQUE DE SS. MM. Y AA. EN EL PUERTO DE BARCELONA.

(Remitido por nuestro corresponsal D. B. C.)

su hija se levantaba, y luego permanecía de pié derecho é inmóvil, con las mejillas pálidas y la vista fija con una espresion de estupor en el ángulo de la sala en que se hallaba la puerta de entrada. La mitad de los convidados habian vuelto al mismo tiempo la cabeza en la propia direccion, con aspecto de estremada sorpresa y aun de temor. Mr. de Kergant se volvió precipitadamente y vió cerca de la puerta al Comandante Hervé con uniforme republicano, sin espada y sin sombrero. El Marqués se levantó. Andrea habia lanzado un grito.

—Sr. Marqués,—dijo en seguida Pelveu, cuya fisonomía dulce y grave se hallaba algun tanto alterada por el cansancio y la emocion, vengo á pedir á V. hospitalidad. Por motivos que os será fácil adivinar, ya no hay seguridad para mí en las filas republicanas. Advertido á tiempo de la suerte que me aguardaba, he creido que el no librarme de ella seria mas bien una locura que una prueba de valor. Puesto que soy un proscrito, vengo á reunirme con los que se hallan en igual caso que yo. Si he fiado en demasia en la antigua amistad de V., caballero, me iré á otra parte á arrastrar una vida desgraciada que ya no quiere emplear esa causa terrible por la que tantos sacrificios habia yo hecho.

Todos los convidados escucharon con profundo silencio las palabras del jóven Oficial; todas las miradas estaban fijas en el marqués, cuyas facciones habian perdido su pasajera espresion de bondad y de alegría, para recobrar el carácter de noble severidad que les era habitual.

—Mr. de Pelveu...—dijo dando un paso hácia su inesperado huésped; pero en vez de proseguir la frase solemne que anunciaba aquel principio, de improviso cogió al jóven de una mano, y atrayéndole bruscamente á su pecho, exclamó con voz enternecida:—¡Hervé, hijo querido, sea V. bien venido!

Esta acogida, que Hervé estaba muy lejos de esperar, le turbó hasta en lo mas profundo de su corazon. Al recibir el cariñoso abrazo del anciano, sintió en todo su ser un estremecimiento glacial. La idea del doble papel que representaba por primera vez en su vida, cruzó por su mente como un remordimiento, y mientras balbuceaba palabras de gratitud y de cariño, un vivo rubor tiñó sus mejillas tostadas por el sol de los campos de batalla; pero habiéndose cruzado casualmente su mirada con la del personaje que Mlle. de

Kergant tenia á su derecha, recobró toda su energía y su resolucion.

Sin embargo, el Marqués se habia vuelto hácia sus convidados y les dijo:

—Señores, hé aquí al hijo del Conde de Pelveu. Fué arrastrado á las ideas revolucionarias por el entusiasmo de la juventud que estravió á nuestros hombres mas ilustres en la engañosa aurora de aquellos días de luto. No dudo que habria reconocido y deplorado sus ilusiones. Circunstancias que ya conoceis acaban de romper las cadenas que le forjara un pundonor exagerado. Os ruego que le recibais como á un hombre de corazon y como al hijo de mi cariño.

Los convidados contestaron con una viva aclamacion, acompañada del ruidoso choque de los vasos: solo uno, aquel que, no obstante su estremada juventud, parecia ser el primero entre ellos, se contentó con inclinar la cabeza con una gravedad cortés.

Hervé, á invitacion del Marqués, se habia colocado al lado de Andrea, quien festejaba su llegada con sus trasportes de júbilo en que se mezclaban la risa y el llanto. Mlle. de Kergant, mas reservada ó mas perspicaz, no habia concedido á su compañero de infancia mas testimonio de bienvenida que una sonrisa triste y fria; las miradas que fijaba en él á hurtadillas parecian hallarse impregnadas de un sentimiento de duda y de inquietud.

Un silencio embarazoso sucedia gradualmente al movimiento tumultuoso que habia producido la llegada del republicano. Solo el elegante vecino de Mlle. de Kergant habia conservado su aspecto de distinguida soltura, con una solicitud llena de buen gusto intentaba reanimar la conversacion que la presencia de un uniforme aborrecido parecia haber helado en los lábios de los circunstantes.

El timbre de su voz, de un sonido melodioso y dulcemente metálico, sorprendió á Hervé como un recuerdo. El Comandante no dudó que tenia delante de sí á aquel Jefe misterioso, al enemigo y al rival á quien habia ido á buscar, al héroe realista que en tan pocos días habia sabido dar tan notable brillo á su nombre de guerra. Estudiábase con una curiosidad profunda y sombría. Era un hombre de escasa estatura, pero dotado de suma gracia y belleza varonil: tenia de veinticinco á treinta años, una cabellera negra y lustrosa sombreaba su frente ancha y despejada; su

boca se hallaba dibujada con una delicadeza algo femenina, pero este atractivo, que apenas era digno de un hombre, se hallaba ámpliamente compensado por la altivez de su frente, por las líneas atrevidas de una nariz aguileña, y sobre todo por el resplandor casi insostenible de su mirada.

Pelveu creyó hallar en la fisonomía del desconocido algunos rasgos característicos de una familia ilustre; pero debía á su educacion distinguida, datos harto exactos y minuciosos acerca del personal de la casa de Borbon para no conocer que ninguno de los nombres que atribuia la opinion pública al Jefe que tenia ante su vista le pertenecia en realidad. Sin embargo, fuese quien quisiera, su actitud y sus modales eran soberanos: nadie parecia poner en duda su derecho de obrar como un Príncipe, y hacia uso de él con un aplomo templado por la finura mas esquisita. Su conversacion circulaba cual una llama vivaracha por entre los convidados, sus palabras eran afables, rápidas persuasivas, penetraban en las inteligencias mas rudas lo mismo que en las mas cultivadas, apropiando las chanzas ó los elogios al gusto y costumbres de cada uno con sorprendente flexibilidad de tono y de lenguaje. Parecia que todas las seducciones y todos los géneros de victoria estaban reservados para aquella naturaleza privilegiada, en la que se unia una especie de gracia voluptuosa con el atractivo imponente de la fuerza, y que hablaba con la misma elocuencia á los soldados que á las mujeres. Sin embargo, aquel jóven, al parecer tan perfecto, no podia menos de tener algun defecto: á un observador escrupuloso le habria chocado ver el brillo de tantos recursos y cualidades notables malgastadas, por decirlo así, sin reserva alguna, y le pudieran hacer sospechar que nada quedaba en el fondo. Parecia mas natural aceptar á aquel jóven por dueño que tomarle por amigo.

Hervé no pudo menos de estremecerse cuando oyó que le nombraba la persona misma que era objeto de su ávida atencion, y á quien designaremos en lo sucesivo con su sobrenombre de Flor de Lis.

(Se continuará.)



EL MUNDO MILITAR,

SALE TODOS LOS DOMINGOS

En España.

Para los suscritores de la GACETA MILITAR.

1 mes.	8 reales.
3 id.	21
6 id.	46
1 año.	85

Para los no suscritores.

1 mes.	10 reales.
3 id.	30
6 id.	57
1 año.	100

En la Habana y Puerto-Rico.

6 meses.	100 reales
1 año.	190

En Filipinas y el extranjero.

6 meses.	140 reales.
1 año.	260

Se suscribe en Madrid en la Administracion, calle de San Bernardino, núm. 7; y en las librerías de *Moro*, Puerta del Sol; *Duran*, calle de la Victoria; *Bailly-Bailliere*, calle del Principe; *Lopez*, calle del Carmen, y *Olamendi*, plazuela de Pontejos.

En provincias en casa de los Sres. Habilitados de los cuerpos, y en las de los corresponsales de la *Gaceta Militar*.

NOTA. En provincias no se admite suscripcion por menos de tres meses.

OTRA. No se servirá suscripcion alguna, bien sea hecha directamente, bien por medio de los corresponsales, á cuyo aviso no se acompaña el importe.

Los números sueltos se venderán á 4 reales.

REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Siempre que las circunstancias y objetos lo requieran, se darán en hojas sueltas planos y magníficas láminas litografiadas á colores. El número 1.º salió el día 15 de noviembre de 1859.

Por todo lo no firmado, el Secretario, FRANCISCO MEDINA-VETIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1860.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez, calle de San Bernardino, núm. 7.